

DERRIBANDO MUROS

Yo tenía 7 años y tutoría. Mi madre me esperaba en la secretaría del colegio para que juntas fuéramos hasta el despacho de mi profesor. Era una niña muy responsable y estudiosa. Aun así, iba pensando si podría haber fallado en algo: un control, mala conducta... un mal día lo puede tener cualquiera desde que se nace. Sólo pensarlo hacía que me temblaran las piernas. No tendría importancia si no fuera porque, en vez de ir por la acera como mi madre, iba por un muro de un metro y medio de altura con un ancho de apenas un palmo que separaba un paseo del jardín. Mi madre iba hablando por teléfono de algo de la oficina, para variar, apagando fuegos. Creo que habría sido una buena bombera. Cuando levantó la vista y vio donde estaba subida, pegó un grito como si acabara de limpiarme las manos llenas de tinta con las cortinas del salón. Del susto, me puse a correr por el muro hasta que se terminó y salté a la acera. Ella, ojiplática, no daba crédito a la maniobra de trapequista que acababa de realizar. Vino hacia mí, me cogió con cariño de los hombros y me preguntó que cómo era posible que hubiera podido hacer semejante hazaña. Fue en este momento cuando las alarmas del cuartel de bomberos empezaron a sonar. Le expliqué que durante tres meses de recreos hacía exclusivamente eso. Andar de un lado al otro de aquel muro. Sola. Precipitándome al vacío una y otra vez.

Nadie, ni mis profesores, ni mis compañeros de clase, se habían percatado de aquella actividad extraescolar. Era invisible.

En mi "minifancia", no había tenido problemas para relacionarme con otros niños: en la guardería, en el parque con desconocidos, con mis primos los fines de semana... pero cuando llegué al colegio de mayores me bloqueé. Todo era nuevo, diferente, me había invadido una timidez astronómica. A mí alrededor todo fluía, los compañeros, los profesores, interactuaban, yo les observaba pero no tenía la necesidad de formar parte de ellos. Iba a lo mío, prestar atención en clase, comerme la horrible comida del comedor y pasear por mi muro de trapequista.

Ser invisible también tenía ventajas, no me molestaban, no me la tocaba en los juegos, no me sacaban a la pizarra... estaba bien. Todo el mundo si pudiera pedir tres deseos, uno seguro que es ser invisible. Pues yo ya lo era, me consideraba una suertuda.

Mi madre automáticamente puso el MODO HOUSTON y según entramos en la tutoría me pusieron la lámpara de interrogatorio. No detallaré la batería de preguntas, pero la conclusión fue que no podía continuar así, pasando sola todos los recreos, sin amigos, sin jugar, sin hablar con nadie y jugándome la crisma. Había que buscar soluciones entre todos.

Lo primero que hizo mi profesor, fue observarme durante las jordanas posteriores y corroborar que efectivamente, yo estaba en lo cierto. También me llevaron a la psicóloga del colegio, que afortunadamente determinó que era normal tirando a normal. Luego lo que había que hacer a continuación, era integrarme en la sociedad escolar.

Creieron que el mejor paso a seguir era que fueran mis propios compañeros los que tomaran la iniciativa. Sin imposiciones. Pero claro, ellos eran muy pequeños como darse

cuenta de estas situaciones y había que hacerles ver que yo necesito ayuda, sin parecer que era una bicho raro. Solo una niña normal tirando a normal que no tenía con quién jugar. Discretamente hablaron con dos compañeras de clase, que para ser niñas y de 7 años eran bastante buenas (ahora son dos de mis mejores amigas). Les dijeron que me invitaran a jugar con ellas, que estuvieran pendientes de que no me excluyeran y que me hicieran sentir una más. Que yo estaba triste y que se pusieran en mi lugar. Funcionó y cumplieron con un 10 su misión. Recuerdo aquel día como si fuera ayer. Una mañana que estaba “mureando”, se acercaron dos enanas con coletas y lazos. Se pusieron al final de mi atracción y esperaron a que llegara. Sabían mi nombre, Julia (que aún no os lo había dicho) y yo me sorprendí de que fuera así. No pensaba que supieran los nombres de los invisibles. Y me dijeron: “Hola Julia, ¿juegas a la peste en alto?”. Y simplemente contesté que sí con un movimiento de cabeza. Salte de mí muro y las seguí. En ese instante empezó nuestra amistad y mi vida cambio dando un giro de 180 grados. En pocos días ya era una niña normal tirando a normal pero integrada en la sociedad escolar. Tenía un grupo de amigas, participaba en clase, la comida del comedor estaba hasta rica...

Y así hasta hoy, 8 años después. Las mismas que éramos somos y alguna inclusión posterior. Nos llamamos “Las Gambas Chingas” pero eso ya forma parte de otra historia.

Casos como el mío suceden todos los días, en todos los colegios. Pero también en trabajos, en hogares y en la vida en general. A nuestro alrededor hay muchas personas que nos necesitan. No hay buenos ni malos. Simplemente pensamos que al no ser violentos, al no hacer nada, al ser estáticos, no perjudicamos a nadie. Pero es ese comportamiento el que más daño puede hacer a los que nos rodean, la indiferencia. Un “juegas” puede cambiar la vida de ambos, del que juega y del que invita a jugar. Creo que no hay mayor satisfacción que ser útil para los demás. Ser partícipe de su día a día. Estar integrado en esta sociedad tan egoísta. La soledad es el cáncer del siglo XXI.

Ahora soy delegada de mi clase por 7º año consecutivo, encargada del perfil del alumnado en las redes sociales y voluntaria en la Cruz Roja los fines de semana. He conseguido tener un reconocimiento en muchos aspectos y ser útil a los demás. No es por ponerme méritos, sino para que veáis el resultado de lo que me pasó. A partir de entonces siempre estoy en alerta, buscando normales tirando a normal que estén paseando por muros. Demos y démonos una oportunidad de ser mejores con pequeños gestos.

Derribemos los muros e invitemos a jugar.

Julia Morón Berzal (16 años)

Almería

